



Aspiraciones comunes del continente americano.

Conferencia de Mr. Samuel Guy Inman.

Gran honor es para mí ocupar la tribuna de esta Universidad histórica que tanto ha hecho en pro de la amistad i mejor entendimiento entre los países de América. Ella inició el intercambio de profesores distinguidos americanos, como Andrés Bello, su fundador, con Alberdi, que trazó aquí en estas aulas, en una notable tésis, los pasos necesarios para la unión americana, con Hostos, que aquí sujirió la conveniencia de construir el ferrocarril trasandino; en fin, esa tarea se ha continuado hasta los días actuales cuando, por el intercambio con la Universidad de California i el arreglo que se hace ahora con la Universidad de Buenos Aires, se demuestra

su continuo interés en promover esta solidaridad continental, que tanto significa para América i para todo el mundo.

Me es grato saludar ahora calurosamente al señor Rector, a los profesores i a los alumnos de esta institución en el nombre de la Universidad de Columbia de Nueva York que teniendo centenares de alumnos latinos, de todos los países americanos, me ha mandado a Santiago [durante las sesiones de la Quinta Conferencia Panamericana, para presentar sus saluciones a los intelectuales de la Conferencia, i especialmente a la Universidad de Chile, i buscar nuevas oportunidades de cooperación americana. De manera que aparezco hoi no como representante oficial de algún Gobierno, sino como un universitario que busca, como siempre es el orgullo de los universitarios, la verdad. Los gobiernos son por fuerza egoístas, al menos hasta ahora. Llegará el día en que ellos se organicen para el bien de todos: pero hasta la fecha el mejor gobernante, como el mejor diplomático, es para la mayoría de sus conciudadanos, el que obtiene mayores ventajas para su propio país.

Los universitarios tienen otra misión: su deber es buscar i divulgar la verdad sin temor i sin favor. Se habla con más franqueza de la que permiten los compromisos diplomáticos, se sabe que usa bien de esa libertad de pensamiento i expresión que es la gloria del universitario, i sin la cual sacrificaría el único medio con que se puede servir a sus semejantes.

El tema de esta conferencia: *Aspiraciones comunes del Continente Americano*, se presta a la franqueza. Desde luego hai quienes creen que no hai tales aspi-

raciones comunes; que en América hai dos razas opuestas, una latina, otra sajona; una idealista, otra Sancho Panza; una católica, otra protestante; una individualista, otra cooperativa, i que entre las dos no hai intereses comunes.

Recuerdo mui bien la impresión que recibí al iniciar mi residencia en Méjico i después en largos viajes a otros países latino-americanos, hallando por todas partes el prejuicio en contra de los Estados Unidos. I tan honda fué la impresión que recibí que desde aquel tiempo he resuelto dedicar el resto de mi vida a trabajar por la mejor comprensión entre el Norte i el Sur de América.

Creo que esta mejor comprensión se obtendrá discutiendo nuestras relaciones con toda franqueza. Por lo que respecta á mi propio país, no tengo inconveniente en confesar que no somos perfectos, i que muchas veces nos hemos apartado del buen camino; pero al mismo tiempo quiero dejar constancia que estos desvíos lo han sido contra la voluntad de la gran mayoría de mis conciudadanos, quienes desean profundamente hacer la justicia a todo el mundo i cuidar, a toda costa, de no usar sus grandes riquezas materiales para impedir el desarrollo de los valores espirituales de los otros. Igual franqueza he procurado usar cada vez que he hablado de la América Latina en los Estados Unidos, cuando en el deseo de borrar los prejuicios contra ella, no he negado la existencia de problemas sociales como el analfabetismo, las revoluciones i la falta del espíritu cooperativo, sino que he mostrado las circunstancias especiales en que han estado estos países; e insistiendo siempre en sus progresos i en su vida cultural,

he podido despertar en mis oyentes un verdadero i entusiasta interés por los pueblos de Ibero-América.

Cuando me puse a estudiar seriamente la cuestión de las diferencias entre las dos Américas, encontré que en los primeros años de la vida independiente hubo confianza i confraternidad entre el Norte i el Sur. Pero con la guerra entre Estados Unidos i Méjico en 1847, América Latina principió a dudar de la buena fé de los Estados Unidos. Con la guerra entre España i los Estados Unidos en 1898, a pesar que los Norte-Americanos creían que era un noble idealismo, se consideró por muchos latinos-americanos, como un acto brutal de un poderoso contra un debil. Comenzó a desarrollarse entonces la escuela Pan-hispanista que fué encabezada por los más conocidos autores, como Manuel Ugarte, Blanco Fombona, Vargas Vila i Eduardo Prado. Estos sembradores de Yanquifobia fueron ayudados por cuatro diferentes fuerzas en los Estados Unidos: primero, el gran interés en el desarrollo del inmenso territorio del Oeste que no dejó tiempo para ocuparse de otros asuntos; segundo, el espíritu nacionalista espresado por la frase «destino manifiesto» que usaron los politiqueros al gritar «Nuestra bandera tendrá que flotar desde el Polo Norte hasta el Polo Sur»; tercero, por los equívocos de los diplomáticos en el extranjero que, como el país que representaban, eran mui buenos para la vida brusca de la frontera, pero mui malos al encontrarse en un salón de baile; cuarto, por los equívocos de unos cuantos oficiales relacionados con los países del Mar Caribe, que a me-

dida que el pueblo de los Estados Unidos vaya entendiendo estos equívocos, vaya igualmente exigiendo a su gobierno que los corrija.

DIFERENCIAS

No negamos que existen entre lo que ha venido llamándose «civilización anglo-sajona e ibero-americana» diferencias señaladas: diferencias de raza, de herencia, de aspiraciones i de ideales. Más yo creo que estas diferencias son una gran ventaja en lugar de ser obstáculos, i que se impondrá siempre la unidad. A pesar de todos los mal entendimientos del pasado, los grandes hombres, tanto en el Norte como en el Sur, han creído desde el principio de la vida independiente que, como dijo un estudiante brasileño a Tomás Jefferson: «La naturaleza al hacernos vivir en el mismo continente, de alguna manera nos ha unido en una unión estrecha de patriotismo común». La persistencia de la idea de la unidad americana en los corazones i las mentes de los grandes americanos durante todos estos años, es el fenómeno sobresaliente de la historia del hemisferio Occidental. Muchas han sido las influencias tanto en el Norte como en el Sur, que han intrigado para su destrucción. Pero la unidad americana debe ser de Dios: no se puede destruirla. Después de cien años de visicitudes, es hoy día más fácil que nunca su realización. Dios nos ha hecho vecinos, que la justicia nos haga amigos, i que las necesidades del Universo nos hagan hermanos en el servicio en pró de la humanidad.

Mientras nos consagramos a edificar nuestra América, encontramos que afortunadamente el Norte i el Sur son complementarios el uno del otro. En el mundo físico precisamente las cosas en que uno es rico, son las cosas que faltan al otro, i vice-versa. En el mundo moral, mientras Norte América es enérgica llena de recursos, original i práctica, Sud América es llena de cortesía, cultura, con corazón abierto e idealismo preponderante. Cuando aparezca el tipo americano ideal, él no será ni el anglo-sajón organizador adorando la verdad, ni será el latino ardiente filósofo, admirador de la gracia, sino que será una combinación de los dos, será como el único hombre perfecto, el Maestro de Galilea, de quien se dijo que «era lleno de la gracia i de la verdad».

El alma americana constituye hoy, no sólo un continente excepcional, por decirlo así, sino la única esperanza de la humanidad en sentido político, lo mismo que en su aspecto económico. Constituídas las repúblicas de este continente en una época relativamente moderna, pudieron emanciparse de muchos remanentes de barbarie, de muchos contrapesos heredados de la antigüedad, de muchos resabios que han sido la rémora constante de muchas naciones civilizadas. Veamos a grandes rasgos los ideales i aspiraciones características de estas repúblicas. Primero i principal:

DEMOCRACIA

Este es el único continente del Mundo donde todo gobierno independiente es una república. Esto constituye una prepotente influencia en una edad cuando

todos los pueblos, no importa a qué distancia se encuentren de ella, están luchando en pró de la democracia. Uno de los acontecimientos más importantes en la historia de las naciones fué el nacimiento de la primera democracia americana. Esto es una realidad no solamente porque esa nación llegará a ser un gran poder, sino especialmente porque su constitución proclamó un sistema de gobierno completamente nuevo i estableció una política opuesta a todas las ideas que dominaban el mundo civilizado. La clave de esta nueva idea fué la libertad: libertad del individuo para buscar su propio destino; libertad de gobierno, para que el desarrollo i progreso de la humanidad fuese alentado i no restringido; libertad en el comercio para que los recursos de la tierra fueran explotados i hechos más útiles al pueblo; libertad de pensamiento para que el hombre llegase al más alto nivel i fuese útil a su nación. Inspiradas por el nuevo ambiente i por la nueva vida de la primera república, inspiradas por la libertad i por el anhelo de la felicidad, las naciones latino-americanas pronto declararon su independencia i establecieron formas de gobierno similares.

Algunos de los antiguos escritores parecen haberse inspirado en el espíritu bíblico, pues no de otra manera se explica su profundo análisis del gobierno «del pueblo, para el pueblo i por el pueblo». Montalvo, del Ecuador, enseñó que el Cristianismo fué el autor de la democracia, i que cuando el Evangelio de Cristo prevaleciera, la democracia sería universal. Alberdi, de la Arjentina, en su obra intitulada *Bases*, escribió un razonamiento político profundo, tal como lo hizo Hamilton en su *Federalist*.

Debemos confesar que ni Norte América ni Sud América han llegado todavía a una plena democracia, pero se han acercado a ella i están constantemente acercándose, más que ningún otro continente. Las numerosas revoluciones que han retardado a la América Latina i han obstaculizado grandemente su amplio desarrollo, son ya cosas del pasado. Chile solamente cuenta en los anales de su historia, una sola guerra civil, ninguna revolución; Arjentina, Brasil i Uruguai, Colombia i otros países, hace ya muchos años que no sufren serias perturbaciones políticas. La democracia en la Arjentina ha sido tomada con tal seriedad e importancia que el no votar se considera como una ofensa contra la lei. La reciente revolución de Méjico es evidencia clara i palmaria de que el pueblo está dispuesto a eliminar todo abuso de feudalismo i oligarquía, i establecer la democracia. Se nota un asombroso progreso en la emancipación de los obreros de la esclavitud industrial i en la concesión de libertad de palabra i de acción a todas las clases. Con la oportuna ayuda de la república vecina, Méjico en el período de veinticinco años puede llegar a ser una democracia de la cual América i el mundo entero se enorgullezcan. Esto lo demuestra claramente el fenomenal progreso alcanzado por sus jóvenes adalides durante los últimos cinco años, especialmente en cuanto a la educación, que constituye uno de los fenómenos más importantes en toda la historia de este continente.

DOCTRINA MONROE

En 1823 el Presidente Monroe declaró que el continente americano sería reservado para estas nuevas naciones democráticas, i que los sistemas de gobierno monárquicos de Europa no podían estenderse a este hemisferio. Aún antes de esto, los principales estadistas del Brasil, Arjentina, Uruguay i Chile habían hecho ya declaraciones análogas. Precisamente a los anhelos constantes por la democracia, a pesar de los grandes esfuerzos de España, Francia e Inglaterra para establecerse en estos nuevos países, se debe el que la democracia haya continuado en América.

Los norte americanos que han estudiado bien el asunto saben que mientras América Latina aceptaba con gusto la doctrina Monroe en su primitiva significación, que tanto sus interpretaciones como las condiciones han cambiado en los últimos años, i por consiguiente ha llegado la hora de esclarecer el asunto para que sea siempre un baluarte en pro de la solidaridad americana, en lugar de una desinteligencia. Así dijo el Presidente Roosevelt, al visitar el Brasil: «Todas las naciones suficientemente desarrolladas, como el Brasil i los Estados Unidos, deben participar sobre una base absolutamente igual en las responsabilidades i en el desarrollo de la Doctrina Monroe en cuanto se refiere a los intereses continentales. Tiene que ser una doctrina continental i no solamente unilateral... Si surgiera desgraciadamente la necesidad de la intervención en una nación americana, espero que, cuando sea

posible, sería una intervención en común con otros poderes, como el Brasil, sin ningún deseo de esplotar, sino para el bien común de toda América». El Presidente Wilson dijo: «La Doctrina Monroe constituye una advertencia a Europa; pero no hubo en ella promesa alguna de lo que los Estados Unidos proponían hacer con el protectorado implícito i parcial que en apariencia trataban de establecer en este continente; i yo creo que me apoyarán Uds. al afirmar que han sido los recelos i temores sobre este punto los que hasta hoy impidieron que existiese mayor intimidad i confianza mutua entre las dos Américas. Los Estados de América no han tenido la certeza del uso que los Estados Unidos harán de su poder. Esa incertidumbre debe desaparecer—abrigo la esperanza i creo que ésto puede realizarse—en primer lugar uniéndose los Estados de América para la garantía mutua de la absoluta independencia política i de la absoluta integridad territorial».

DERECHOS HUMANOS

«Todos los hombres nacen libres i son iguales». Este lema de la Declaración de la Independencia Norteamericana ha sido siempre el ideal de América. Por supuesto el continente Americano no ha sido siempre consecuente con este ideal, pero toda la América aspira a él. La subordinación de la América Latina a este ideal se ve particularmente en la independencia en casi todos los países americanos. Simón Bolívar inició el movimiento, libertando cerca de 500 esclavos en sus propias tierras. El primer

artículo del decreto emitido por el Libertador Hidalgo de Méjico, 1810, fué que todos los esclavos debieran ser puestos en libertad. Chile en 1811, Buenos Aires en 1813, i Centro América en 1823, dictaron leyes declarando la abolición de la esclavitud.

El hecho de que «Dios hizo de una sola sangre a todas las naciones del mundo» se ve mejor ilustrado en el continente americano que en ninguna otra parte del Universo. El americano es un conglomerado de muchas naciones diferentes. El crisol hierve con igual hervor en Sud América que en Norte América. Probablemente en la América Latina existe menos prejuicio de raza que en cualquiera otra parte del mundo. El asiático, el africano, el indio i el europeo son todavía bienvenidos i recibidos en cualquiera sociedad en que su adelanto cultural les permita entrar. El Norteamericano, a pesar de recibir a tantos europeos, todavía no ha abandonado su prejuicio contra la raza negra, i por lo tanto no está tan adelantado como la América Latina a este respecto.

OPTIMISMO

Otro de los ideales americanos es el optimismo, más característico del Norte que de Ibero-América, pero en jeneral en ambas secciones del continente. El haber imitado Sud América a Europa en sus manifestaciones literarias ha contribuído a que circule cierto pesimismo enervante. Pero aún los más severos críticos como el mejicano Bulnes, los

argentinos Ugarte, Bunge i Colmo, i el venezolano Blanco Fombona, miran serenos i optimistas hacia un porvenir mejor.

LA HONORABILIDAD DEL TRABAJO

Se dice que una vez un inglés preguntó a un norteamericano como se denominaba en su país a los lores i a los nobles. «¿I qué son?» preguntó el norteamericano. «Son las jentes que no trabajan», respondió el inglés. «Ah! dijo el yanqui, nosotros los llamamos vagabundos». El espíritu de la honorabilidad del trabajo puede ser más arraigado en el Norte que en el Sur hasta ahora. Pero mientras más se acerquen los países del Sur a la verdadera democracia, más honor darán a los verdaderos obreros. Quién sabe si en el trascurso de los años, el resultado más grande de la Quinta Conferencia Panamericana sea la introducción en el programa de estas Conferencias de la proposición de la Delegación Chilena para incluir los grandes asuntos relacionados con los obreros; porque una vez solucionados los problemas sociales, quedarán también solucionados los problemas políticos. La acción colectiva de los movimientos obreros nacionales de todos los países americanos es cada día un factor más importante para evitar la entronización del militarismo en el continente americano i para establecer mejores relaciones entre los pueblos del Nuevo Mundo.

Me es grato en esta ocasión rendir un justo homenaje a vuestro ilustre Presidente Alessandri que desde su alto puesto se ha manifestado un partidario

rio decidido de las reformas sociales; i os complacerá saber que en mi país es bien conocida la gran personalidad de vuestro Presidente por este motivo.

MEDIOS PRÁCTICOS DE EVITAR LA GUERRA

La primera reunión internacional para discutir i adoptar el principio de arbitraje fué el Congreso de Panamá en 1826, el cual aceptó la comprensiva proposición de Simón Bolívar a este respecto. La primera sociedad de paz en el mundo se organizó con el título de «New York Peace Society» en 1815. El moderno movimiento en pro de la paz recibió el apoyo más entusiasta del pueblo americano. Libre de la aristocracia i evitando grandes ejércitos permanentes, ha trabajado continuamente contra la guerra.

El arbitraje como medio de solucionar disputas internacionales, se orijinó en América, i siempre ha tenido allí sus más fervientes i perseverantes defensores. El primer tratado entre dos naciones, incluyendo la cláusula de arbitraje de sus diferencias concernientes a límites territoriales i reclamaciones pecuniarias, fué propuesto por John Hay a Inglaterra i aceptado en el tratado de 1794. Bolívar como Presidente de Colombia firmó tratados de arbitraje con Perú i Chile (1822), Méjico (1823), Centro América (1823) i los Estados Unidos en 1824. En el Congreso Americano que se llevó a cabo en Lima en 1847, se adoptaron resoluciones concernientes a la paz i al arbitraje, que son mui parecidas a las que

adoptó la Conferencia de La Haya cincuenta años más tarde. El arreglo por arbitraje de las reclamaciones del *Alabama* por los Estados Unidos e Inglaterra, sugerido por Norte América, fué una notable victoria del arbitraje. Todas las Conferencias Pan-americanas, empezando desde la primera, verificada en Washington en 1889, han adoptado importantes resoluciones con respecto al arbitraje. En 1874 Arjentina declaró haber resuelto, «ya por tratado o fuera de tratado, terminar todos los desacuerdos internacionales por arbitraje». Una de las acusaciones más tremendas contra la guerra es la obra *El Crimen de la Guerra* por Alberdi en Arjentina, escrita a mediados del siglo pasado. La contribución a la causa de la paz, i en pro del arbitraje de hombres como Andrew Carnegie, ha beneficiado grandemente al mundo entero.

América es por decirlo así, la cuna del arbitraje. Desde las primeras tentativas de Conferencias Pan-americanas hasta el presente, este principio fraternizador de los pueblos i panacea de la paz internacional, ha flotado siempre en todas las discusiones i ha sido el ideal favorito de los estadistas más prominentes del Norte i del Sur.

La llamada combinación del A. B. C. fué firmada en Buenos Aires el día 25 de Mayo del año 1915. El preámbulo del documento dice como sigue:

«Apreciando completamente los principios de concordia i paz que inspiran a los políticos internacionales, i con el firme deseo de cooperar de modo que en todo sentido, la fraternidad de las repúblicas americanas sea más sólida».

AMOR A LA PAZ I ODI0 AL IMPERIALISMO

La necesidad mayor de la humanidad hoi día es la paz. Recientemente América entró de lleno en uno de los conflictos más grandes que ha rejistrado la historia, i dió libremente la flor i nata de su juventud, porque creyó que ésta sería una guerra para terminar la guerra; pero los políticos nos engañaron i todavía nos queda por hacer la tarea principal. No debemos detener nuestros esfuerzos por más tiempo. La actual i crítica situación de Europa ofrece síntomas de guerra como los que ocurriéron en aquellos fatales días de Julio de 1914. La parte Sur de América está trabajando con toda la fuerza posible para ayudar a Europa hacia la paz en esta espantosa crisis. Norte América no puede rehuir ni tratará seguramente por más tiempo de rehuir su tarea en el trabajo contra el monstruo de la guerra, que es evidente envolverá al mundo entero si principia. La lentitud transitoria de los Estados Unidos, pronto será reemplazada por otra actitud más propia para cultivar los ideales de paz i de justicia.

La oposición al imperialismo es una parte integrante del odio de América a la guerra. No ha existido jamás guerra de conquista deliberadamente provocada por ninguna nación de América. Si algunas de las guerras americanas en el principio de la vida independiente traían anexiones de territorios, éstas eran sucesos del momento i no intenciones anticipadas. El verdadero espíritu de América se halla en sus acciones repetidas una i mil veces al refrenarse de despojar a sus vecinos, cuando según la práctica

européa hubiera podido justificarse al hacerlo. Un ejemplo es el de Argentina, que victoriosa con sus aliados sobre el Paraguai, en vez de apoderarse de un territorio en litigio sometió la cuestión al arbitraje de los Estados Unidos i se resignó cuando el Presidente Hayes lo decidió en favor del Paraguai. Tal vez me será permitido, como uno que ha salido en defensa de Méjico siempre que en mi país ha habido reclamos imperialistas contra él, llamarles la atención al hecho de que, con toda seguridad, si iguales condiciones hubiesen existido en Europa, entre un país fuerte i rico i una nación débil i trastornada, la débil habría quedado en poder del fuerte. El Secretario Root espresó los sentimientos, no solamente de su propia patria, sino los de toda América cuando dijo: «No anhelamos más victoria que la de la paz ni más territorios que los nuestros, ni soberanía a no ser la de nosotros mismos. Estimamos la independéncia e igualdad de derechos de los pequeños i débiles miembros de la familia de las naciones tan dignos de respeto como los pertenecientes al mayor de los imperios».

Hai quienes creen que los Estados Unidos están a punto de abandonar esta característica del espíritu americano, la oposición al imperialismo. El escritor inglés Bertrand Russell, ha hecho notar recientemente que Norte América siguiendo a España, Francia i Alemania, será la próxima nación aspirante al dominio del mundo. Los móviles que nos impelen a ello son, según él: 1.º ser éste un país que puede sostenerse a sí mismo; 2.º tener mayor población blanca que otro alguno, con excepción de Rusia; 3.º habilidad para construir, después de haber esta-

llado la guerra, una armada capaz de derrotar a cualquier enemigo; 4.º el dominio de las finanzas mundiales; 5.º el sobrepasar a todos los demás pueblos en sagacidad i habil empleo de la hipocresía hasta tal punto que llegamos a engañarnos a nosotros mismos.

¿Tendrá razón Mr. Russell? En cuanto al poder i la tentación de usarlo mal, digo que sí. Pero en cuanto al resultado, digo que nó, mil veces nó. El que juzga a los Estados Unidos por unos cuantos políticos i petroleros, no conoce a la gran mayoría de nuestros conciudadanos, no conoce los grandes círculos de educadores, de liberales, de internacionalistas, de agricultores i de obreros que tienen como una parte íntegra de su programa político la enemistad hacia el imperialismo. Entonces, no tengo la menor duda de que nos atendremos a los ideales de nuestros padres. I Dios mediante, nos levantaremos llenos de ira, una vez convencidos de la iniquidad del enemigo dentro de nuestras mismas fronteras, para aplastarle con la misma fuerza con que atacamos en Alemania el *Deutschland über alles*. El día de la batalla no debe retrasarse. El gran levantamiento de las fuerzas liberales i cristianas en todo el país, se halla a punto de combatir a los «jingoos» militares e imperialistas de esta tierra, e iremos con el espíritu de Francia en el Marne. En el nombre de Jehová i en el de América, prepararemos con todo ardor nuestras armas diciendo: «No pasarán.»

Pero los Estados Unidos no es el único país donde hai peligro del imperialismo. La lucha a favor de la justicia en América no se declara entre ciento diez millones de agentes de Wall Street en el Norte

i cien millones de santos al Sur del Río Grande; el espíritu imperialista no tiene patria; se encuentra en donde quiera que hayan poder, riqueza e iniciativa. A medida que los países ibero-americanos vayan adquiriendo tales características, encontrarán también la tentación hacia el imperialismo. De modo que la lucha en contra de la explotación no estalla entre naciones, sino entre los círculos idealistas de toda América, por un lado, i por el otro, los egoístas e interesados en sacar provecho personal de los demás. El mismo espíritu que explota a los pobres en su propio país se valdrá del poder de su gobierno cuando hai oportunidad para ayudarse en la explotación de un país vecino. El remedio entonces en contra del crecimiento del imperialismo en América no se encuentra en formar un block en contra de cierto país, sino en unirse todos los buenos elementos de todo país americano en contra de este mal arraigado.

El mundo actual está sobre un volcán. La situación en Europa recuerda la existente a principios de Julio de 1914, i aunque talvez la crisis reinante no nos conduzca a otra guerra mundial, como la provocada por el asesinato del heredero austriaco en Sarajevo—pues todo el mundo está cansado de la guerra—conviene darse cuenta de que el escapar de tan terrible catástrofe no supone el que el peligro se aleje, puesto que los odios se hallan preparando al globo para una conflagración universal, a cuyo lado palidecería la pasada gran contienda.

En tan angustioso trance, todos los ojos se vuelven hacia América. Buena prueba de ello es, entre centenares que pudieran presentarse, la elección de un

latino-americano para la Presidencia de la Liga de las Naciones, i la presencia de otros en el seno del Consejo de la misma.

Pero ¿qué es lo que hallamos en América?

Que los pueblos muchas veces viven aparte, distanciados, sin lograr entenderse, i por tanto incapaces de unirse para poder ejercer la acción i política que el mundo entero reclama de ellos.

Felizmente, i a despecho de este ciclo de incomprensión, comienza ya a aclararse el horizonte. La famosa cuestión de Tacna i Arica en vías de resolución, gracias a la confianza i amistad depositada por los gobiernos de Chile i el Perú en el de Norte-América; la primera conferencia panamericana femenina de Baltimore; el viaje de Mr. Hughes al Brasil el año pasado; la retirada de tropas de Santo Domingo; los centenares de estudiantes hispano-americanos que han ido a Estados Unidos a estudiar; los quinientos maestros del Norte que acudieron a Méjico a los cursos estivales; el arreglo satisfactorio de la deuda de ese mismo país; la rápida comunicación marítima entre Nueva York, Río de Janeiro i Buenos Aires i la misma ruta Panamá-Valparaíso, así como el actual intento de apertura de una nueva vía aérea entre Nueva York i Río, constituyen una serie de halagüeñas promesas.

Pero el acontecimiento magno i de mayor importancia histórica i práctica para el futuro de las relaciones de Inter-América es, sin duda, la celebración en Santiago de Chile, de la Quinta Conferencia Panamericana. De su labor, de que los hombres que en ella participan encaren con valor un programa constructivo i de cooperación interamericana, de-

pende no solamente su éxito, sino también la salvación del mundo. El público en jeneral debe prestar su apoyo a los delegados para alcanzar resultados prácticos. Poco antes de la Conferencia de Washington sobre el Desarme, la opinión pública pudo darse perfecta cuenta del pesimismo oficial acerca de estos resultados, pero una minoría excelsa de bien intencionados ciudadanos comenzó a despertar el interés colectivo, i solamente en los Estados Unidos 13,000.000 de mensajes i comunicaciones, sin contar los manifiestos de todo jénero de importantísimas agrupaciones, telegramas i cartas de altos i bajos, poderosos i humildes, afluyeron a Washington, urjiendo desde el último rincón de la República a que la Conferencia realizara algo destinado a relevar al mundo del abrumador peso que sobre todos gravitaba, a consecuencia del horroroso fardo que suponían los impuestos destinados a armamentos i preparativos bélicos. Así se dejó ver otra fuerza imponente de la democracia americana, la opinión pública.

Existen en el Continente americano dos estatuas de fama universal, representativas del mensaje de América al mundo entero. Una de ellas es la estatua de la libertad, que se yergue en la bahía del puerto de Nueva York, por donde desfilan los navíos de todo el mundo. Proclama la idea de la libertad política i económica mundial. La otra, igualmente significativa, se levanta en agreste soledad, aislada en un soberbio picacho de los Andes, con solo las estrellas i la majestad natural por compañía. Representa la sublime figura de Cristo, colocada entre Chile i la Arjentina, en conmemoración de la victoria

del arbitraje sobre la guerra, en el arreglo satisfactorio de una antigua i violenta disputa sobre divisiones fronterizas. He ahí el epíteto del significado de América para el mundo: la victoria de la libertad sobre la ópresi3n, la victoria del idealismo sobre lo material.